

# Sujetos contrahegemónicos y crisis del capitalismo según Nancy Fraser: ¿Se ha convertido el ecologismo en siervo del capitalismo?

Joaquín Valdivielso Navarro. Universitat de les Illes Balears (UIB)

[jvaldivielso@uib.es](mailto:jvaldivielso@uib.es)

## Resumen

Nancy Fraser planteó hace unos años con la controvertida tesis de que el feminismo se había convertido en sierva del neoliberalismo. Su análisis crítico del feminismo, por extensión, vale para toda una constelación de luchas sociales, cuyo carácter contestatario queda en entredicho en el marco de su visión del capitalismo neoliberal. En este trabajo, se presenta y discute el modelo analítico propuesto por Fraser comprender el capitalismo actual, y el potencial que alberga para la emergencia de sujetos contrahegemónicos, poniendo atención especial a la forma en qué queda tratado el movimiento ecologista. Para ello, en primer lugar, se expone su visión del realineamiento político bajo la crisis de hegemonía neoliberal y el papel jugado por el feminismo. En segundo lugar, se discute su propuesta a raíz de las cuestiones planteadas por la crítica feminista en los aspectos de agencia, identidad y bivalencia normativa del movimiento. A continuación, se expone la aportación actualizada de Fraser de su teoría del capitalismo como un modelo topográfico-institucional. Finalmente, se plantea cómo queda recogido en su modelo el caso del movimiento ecologista y su posible afinidad con el neoliberalismo, a partir de los aspectos destacados por las críticas feministas. En conclusión, se defiende que el modelo de Fraser no ha atendido lo suficiente a las críticas, y que eso se refleja en su tratamiento de la dimensión ecológica del capitalismo contemporáneo y la orientación antagonista de las luchas ambientales.

**Palabras clave:** “teoría crítica”, “Nancy Fraser”, “capitalismo” y “ecologismo”.

## Abstract

### Counter-hegemonic subjects and crisis of capitalism according to Nancy Fraser: Has ecology become a servant of capitalism?

Nancy Fraser, a well-known feminist philosopher, surprised a few years ago with the controversial idea that feminism became neoliberalism's servant. Her critical analysis of feminism, by extension, is projected onto a whole constellation of social struggles, whose antagonistic character is under suspicion within Fraser's view of neoliberal capitalism. In this paper, the analytical model proposed by Fraser to understand current capitalism, and the potential it holds for the emergence of counterhegemonic subjects, is discussed, paying special attention to the way she deals with the environmental movement. First, her thesis on the current political realignment under the crisis of neoliberal hegemony and the role played by feminism are presented. Secondly, her proposal is discussed according to the questions posed by the feminist critique in the issues of the social movement's agency, identity and normative bivalence. Thirdly, Fraser's updated contribution to the theory of capitalism is presented as a topographic-institutional model. Finally, it is debated the case of the environmental movement and its virtual affinity with neoliberalism according to her model, from the dimensions highlighted by the feminist critics. In conclusion, it is argued that Fraser's model has not sufficiently addressed criticism, and that this is reflected in her treatment of the ecological dimension of contemporary capitalism and the antagonistic orientation of environmental struggles.

**Keywords:** “Critical theory”, “Nancy Fraser”, “capitalism” and “ecologism”.

eikasía

# Sujetos contrahegemónicos y crisis del capitalismo según Nancy Fraser: ¿Se ha convertido el ecologismo en siervo del capitalismo?

Joaquín Valdivielso Navarro. Universitat de les Illes Balears (UIB)  
jvaldivielso@uib.es

## 1. Introducción

La conocida filósofa feminista Nancy Fraser sorprendió hace unos años con la controvertida idea de que “el feminismo se había convertido en la criada del capitalismo” (2013a). Su análisis crítico del feminismo, por extensión, se proyecta sobre toda una constelación de luchas sociales, cuyo carácter contestatario queda en entredicho en el marco de su visión del capitalismo neoliberal. Durante los últimos años, y después de destacar con su aportación a la teoría de la justicia, Fraser ha puesto sus energías en desarrollar una teoría crítica actualizada del capitalismo, de la que resulta esta tesis escéptica respecto del papel emancipador de los sujetos sociales y políticos presuntamente emancipadores. Su propuesta aspira a recuperar la importancia de la economía política en la filosofía crítica, pero al mismo tiempo a superar algunos de los obstáculos que la tradición marxista había supuesto a la hora de integrar la diversidad de ámbitos en que el capitalismo opera, y oprime, institucionalmente, así como la correspondiente diversidad de luchas sociales. Sin embargo, su propuesta lleva al mismo tiempo a una conclusión escéptica sobre el potencial liberador de esos fenómenos sociales aparentemente antagonistas. Para ella, el actual realineamiento político arroja sombras sobre la supuesta aspiración transformadora de movimientos como el feminismo, que en gran medida ha servido a la legitimación –según su perspectiva– del neoliberalismo.

A continuación, vamos a presentar y discutir su tesis del alineamiento de los movimientos sociales con el capitalismo neoliberal. Esto nos obliga a entrar con cierto

detalle en su reflexión actual sobre el nuevo espíritu del capitalismo. Inevitablemente, hay que comenzar por su tratamiento del movimiento feminista, y la discusión posterior que suscitó. Después, cabe tener en cuenta su esfuerzo más reciente, en discusión con Rahel Jaeggi en *Capitalism. A Conversation in Critical Theory*, de 2018, por presentar de forma sistemática una tesis que se había presentado hasta el momento de forma fragmentaria. Finalmente, este trabajo se propone también llevar las categorías de Fraser al terreno del movimiento ecologista. La estrategia intelectual que propone Fraser, inicialmente pensada para las luchas feministas, abarca un espectro mucho más ambicioso de movimientos sociales. A título de ejemplo, y dado el esfuerzo que está realizando por integrar la contradicción ecológica en el análisis del capitalismo, vamos a destilar su modelo aplicado a las luchas ambientales. ¿La tesis de que el feminismo se ha aliado con el neoliberalismo vale también para el movimiento ambiental? ¿Ha sido cómplice, afín o funcional a la legitimación del capitalismo neoliberal? ¿No nacen precisamente de ahí, del rechazo a una política climática neoliberal, fenómenos como el movimiento de los “chalecos amarillos” en Francia? Este tipo de preguntas subyacen a buena parte de las discusiones alrededor del papel de los temas ambientales en el boom activista en los jóvenes movimientos sociales de generación *millennial*.

Más allá de la “suerte de provocación” que, como Fraser misma reconoce (2009b: 14), pueda parecer la visión del feminismo como sirvienta del capitalismo, su análisis aspira a plantear la pregunta de hasta qué punto y de qué forma movimientos sociales en principio radicales han podido converger con el proyecto neoliberal y, también, en qué condiciones son una alternativa al mismo. Fraser intenta repensar el legado de tradiciones radicales democráticas en un momento de crisis, incerteza y realineamiento político. Por ello, al final se abre la pregunta de si, en la coyuntura actual, hay señales para una ruptura anticapitalista. Veamos brevemente estos distintos pasos, comenzando con el feminismo, para continuar con su visión de la crítica social en general enmarcada en la evolución del capitalismo, y así poder preguntarnos después por la crítica ecologista.

## 2. Realineamiento político bajo la crisis de hegemonía neoliberal

De alguna manera, Fraser invierte la típica pregunta de por qué un movimiento radical, a pesar de su éxito relativo a la hora de transformar las posiciones en el ámbito de la cultura, fracasa a la hora de transformar las instituciones. La pregunta es ahora, más bien, la contraria: ¿Por qué el movimiento ha conseguido transformar las instituciones, pero en la dirección no deseada? Eso es lo que le ha ocurrido al feminismo de la segunda ola –según su análisis–: de orientación inicialmente transformadora, ha resultado compartir una “afinidad electiva subterránea” con el neoliberalismo (2009b: 114). Su investigación entra en diálogo, sobre todo –aunque no sólo– con *El nuevo espíritu del capitalismo*, de Luc Boltanski y Ève Chiapello (1999), con los que dibuja un modelo de intersección entre crítica y capitalismo; y con *La gran transformación* (2001), de Karl Polanyi, en el que descubre un modelo de resistencia frente al mercado. El trasfondo, no obstante, viene dado por un marco menos explícito: una perspectiva histórico-evolutiva del capitalismo, con fuerte impronta marxiana. Con estos elementos, Fraser estudia inicialmente este “Drama en tres actos” (2013c) como tres escenarios distintos en el marco del capitalismo, y el papel que el feminismo ha jugado en el paso de uno a otro.

En el primer acto, en la postguerra, el feminismo de la segunda ola se opuso a una serie de características típicas del capitalismo gestionado estatalmente – economicismo, androcentrismo, *étatisme*, y westfalianismo– por su paternalismo burocrático y despolitizador, y, en general, por los efectos que generaba en forma de (mala) distribución, (mal) reconocimiento y (mala) representación –los tres ejes de (in)justicia, tomados en aquel momento como una unidad– para las mujeres. Así se formuló una crítica centrada en “politizar lo personal”. A través de una perspectiva “de la totalidad social”, las feministas querían activar la ciudadanía y democratizar el Estado.

Sin embargo –siguiendo con el análisis de Fraser–, esta crítica resultó funcional a un capitalismo que estaba entrando en crisis, ya que sirvió para su propia renovación. El “nuevo espíritu del capitalismo” basado en la privatización, la desregulación y la responsabilidad personal encontró terreno abonado en las críticas feministas contra el “Estado niñera”, el énfasis en la identidad y la diferencia. Y se enmarcó como una “lucha post-socialista”. Los ideales feministas fueron resignificados, el reconocimiento desplazó a la distribución, y los ejes económico,

cultural y político de la crítica se escindieron. En términos de Boltanski y Chiapello, la *critique artiste* se disoció de la *critique sociale*. En realidad, Fraser insiste en que las críticas feministas eran ambivalentes, y entonces tomaron una nueva valencia, “una segunda vida como corrientes de sentimiento que legitimaron la transición a una nueva forma de capitalismo: post-fordista, transnacional, neoliberal” (Fraser, 2009b: 99).

Entramos así en el segundo acto. El capitalismo financiarizado no sólo se auto-legitimó, sino que se rehizo en términos de flexibilidad, horizontalidad y creatividad individual, integrando la crítica dirigida contra él. No es que el capitalismo se hiciera más democrático, al contrario, sino que resignificó el discurso antagonista dirigiéndolo no ya a la democratización del Estado, sino a su vaciamiento, en favor de sustitutos en términos individuales, comunitarios, y mercantiles. Fraser se refiere incluso a cómo el foco en la construcción de una “sociedad civil global” se tradujo en la “ONGficación” de los actores antes críticos como un *expertise* tecnocrático, y en la integración del feminismo en el aparato político y administrativo de la Unión Europea. Al final, el feminismo había perdido el control sobre su discurso, un “significante vacío” sin fuerza transformadora ni pie en los movimientos sociales de base. Fraser misma se considera parte del feminismo que fue dejado al margen como consecuencia de ese proceso (Fraser y Jaeggi, 2018: 201).

El tercer acto del drama está abierto, podría volver a unificar los tres frentes de distribución, reconocimiento y representación; y así perspectivas de transformación, o no. Para avanzar en este tercer acto, Fraser abre su discusión a la tesis del “doble movimiento” de Karl Polanyi. Para Polanyi, en el liberalismo decimonónico, el movimiento de expansión y autonomía de los mercados tuvo lugar a través de un proceso de mercantilización que transformaba en “mercancías ficticias” lo que en realidad eran las condiciones no económicas que hacían posible la acumulación de capital. Así, el trabajo, la tierra y el dinero –los factores de producción de la economía política clásica–, se tensionaban entre su forma mercancía y su papel como condición de base fundamental de la vida social, “incrustada” en la sociedad. Al mismo ritmo, surgieron luchas por la “protección” de estos factores frente al mercado, para ser después detonantes de la crisis económica, y, además, motor de la posterior domesticación relativa del capitalismo. Así opera el doble movimiento

mercantilización-protección. Como lo ve Fraser (2013b, 2013d, 2014b), el “neoliberalismo” no es más que un segundo momento en el desarrollo de aquella fe ciega en la “autorregulación del mercado” que, cimentada en el siglo XIX, explotó en la era de las catástrofes, y después se tradujo en políticas como el *New Deal*, y, en general, el capitalismo regulado por el Estado. No es casualidad que la obra de Polanyi viva una segunda juventud hoy día, cuando el capitalismo vive la mayor crisis desde el *crash* de 1929.

Tampoco es casualidad que, tras la crisis del marxismo, autores como Fraser recurran a Polanyi. Por un lado, permite plantear la crisis económica no sólo en términos funcionales, como una contradicción interna del sistema, sino como una crisis multidimensional entre esferas en fricción. Por otro lado, permite integrar la “lógica de la acción social”, los luchas en defensa de la sociedad –de la solidaridad, la comunidad, de los bienes comunes– contra al mercado. El problema principal, para Fraser, es que Polanyi no discrimina entre formas más o menos emancipadoras de regulación o protección, incluso de mercados. Por ello, cabe integrar un *tercer movimiento* de luchas –que Polanyi no consideró– orientadas no tanto a la protección frente a la exposición al mercado como a la lucha contra la dominación. Esta es una cuestión clave en un momento en el que la crisis actual enciende reacciones defensivas de todo tipo, desde alterglobalizadoras hasta neofascistas, y en que la protección frente al mercado a menudo oculta formas de dominación. Pero es también clave para poder reconocer la ambivalencia intrínseca a los movimientos de emancipación.

A partir de estos elementos, Fraser se ha planteado sobre todo la cuestión de si frente a la crisis actual hay indicios de un tercer movimiento de emancipación. Al hacerlo, ha ido desgranando una serie de dimensiones de la crisis, es decir, de distintas precondiciones de la acumulación; y una serie más completa de sus fases, que lleva a la versión más elaborada de su reciente libro *Capitalism*. Del conjunto de su análisis ha concluido con una posible respuesta a la primera pregunta, si hay posibilidad de re–embridar los mercados en dirección emancipatoria.

Sobre el primer punto, inicialmente, Fraser (2014b) ha trabajado con un modelo con tres dimensiones de la crisis actual: la financiera, la social y la ecológica; que se corresponden con las tres “mercancías ficticias”. La lista de las condiciones de fondo

del subsistema económico ha incorporado después otros elementos, como la reproducción social, “las funciones de gobernanza realizadas por el público” (2016a) o la “subjetivación política” (2016b), para abarcar fenómenos como los derivados financieros; el cuidado y la educación infantil, el cuidado de los mayores, o los mercados de emisiones de carbono y de biotecnología; es decir, en toda una serie de “moradas” o ámbitos aún más ocultos que el de la producción (2014a). Pero la idea es la misma: como ya indicó Marx en su estudio de la acumulación primitiva –y ha recordado David Harvey con su idea de la “acumulación por desposesión”–, al analizar el capitalismo hay que tener en cuenta los procesos de expropiación de condiciones externas a él, sea de “‘otros’ racializados”, hábitat, cuidado...: “la expropiación es la acumulación por otros medios” (2016b: 166). Con estos elementos, para cada fase de la evolución del capitalismo –en su fase liberal competitiva, regulada por el Estado, globalizada y financiera– puede ser identificada una serie de precondiciones de fondo: “regímenes” de reproducción social, acumulación racializada, etc. En particular, pone el énfasis en el potencial que la propia crisis del capitalismo encierra para la construcción de alternativas contrahegemónicas.

### 3. El potencial de los sujetos emergentes: lecciones del debate feminista

Para Fraser, si nos retrotraemos a la época del capitalismo gestionado por el Estado, los distintos movimientos emancipadores formaron una constelación interclasista inspirada en la cultura del 68. Cada actor criticaba un aspecto singular del capitalismo y a la vez la “sustancia ética” –*Sittlichkeit*– que componía la protección social. Cada uno de ellos enarbolaba una normatividad no económica acotada a una zona de la vida social asediada, es decir, zonas no mercantilizadas. Se trata de actores que luchan “sobre las fronteras que delimitan la ‘economía’, la ‘comunidad política’, la ‘sociedad’, y la ‘naturaleza’ –y algunas veces tuvieron éxito al redibujarlas” (Fraser, 2015: 166). Estas “*boundary struggles*” se caracterizan por su aspiración a transformar la topografía institucional del orden capitalista. No obstante, esta amalgama de luchas participaba de un consenso, el rechazo de la jerarquía. Fueron capaces, así, de articular un sentido común contrahegemónico que sumió en una crisis de legitimidad al capitalismo. Aunque inicialmente Fraser (2015)

se limitaba a reconocer la existencia de una crisis administrativa, a lo sumo una “crisis de autoridad” en el sentido gramsciano, hoy día ya concede que estamos frente a una crisis de legitimación en ciernes (Fraser y Jaeggi, 2018: 195).

No obstante, para Fraser, las posibilidades de construcción de una alternativa vienen limitadas por las características específicas del capitalismo financiarizado, en cómo la esfera de las finanzas penetra y parasita todas las demás. Por un lado, a diferencia del capitalismo industrial, una economía dominada por las finanzas no genera ni necesita de una fuerza social identificable. Por otro, el capitalismo se ha emancipado del marco nacional, reduciendo la capacidad de protección del sistema político. Sin embargo, la hipótesis más verosímil para Fraser tiene que ver con el papel de la deuda. En la Eurozona como en el Sur Global, en el campo o en la ciudad, la deuda es el principal mecanismo a través del cual “el capital ahora canibaliza el trabajo, disciplina a los Estado, transfiere riqueza desde la periferia al centro, y chupa valor de la sociedad y la naturaleza”, destruye “la capacidad [de la acción pública] para desactivar bombas de efecto retardado, como el calentamiento global y el mercado de derivados financieros” (Fraser, 2015: 175-180).

Por el lado de la agencia, estos motivos nos devuelven a la tesis inicial defendida por Fraser: la reinención del capitalismo bajo el espíritu de la *New Left*. Asunciones un día contrahegemónicas han sido resignificadas por el sentido común neoliberal, amoldando a una visión individualista de la justicia, centrada en el mercado, lo que un día fue radical: ‘diversidad’, meritocracia y ‘emancipación’: “los movimientos emancipadores participaron en todo este proceso. Todos ellos –incluyendo antiracismo, multiculturalismo, liberación LGTB, y ecología– engendraron corrientes neoliberales favorables al mercado” (Fraser, 2016a: 113). A pesar de este diagnóstico tan sombrío, Fraser abre dos puertas a la oportunidad de nuevos sujetos contestatarios. Por un lado, ve brotes de oposición popular, como OccupyWS o *los indignados*, las “marea rosa” de gobiernos de izquierda o centro-izquierda en América Latina, Podemos en España o –la primera– Syriza en Grecia, la alter-globalización, etc. Aunque todos ellos tienen sus limitaciones, encarnan, para Fraser, la posibilidad de resignificar “elementos residuales ambivalentes del pensamiento de la Nueva Izquierda”, como la de un “sujeto activo, autónomo”. Por otro lado, la expropiación a través de la financiarización, potencialmente, abarca para Fraser

(2017) un amplio espectro de sujetos afectados, y por lo tanto acumula un gran potencial de movilización estableciendo enemigos comunes e intereses compartidos.

Como era inevitable, su visión provocó una ola de críticas entre las feministas. Al menos tres elementos del debate resultante pueden ser útiles aquí, a saber, las discusiones sobre *diversidad*, *agencia* y *bivalencia normativa*. Hay que decir que Fraser no ha respondido directamente a las muy numerosas voces críticas contra su tesis, ni siquiera cuando se le ha preguntado explícitamente (Fraser y Jaeggi, 2018: 201).

(1) En primer lugar, sobre la *diversidad* dentro de los movimientos sociales, Nanette Funk (2013) recordó críticamente a Fraser que el feminismo liberal siempre ha sido hegemónico, que el feminismo de segunda ola anticapitalista y antiestatista estaba en minoría dentro de un espectro diverso de posiciones. En esta misma dirección, Michael Ferguson (2017) reclama un *aggiornamento* en la teoría de las ideologías que Fraser presupone, anclada en las tipologías de mediados de la década de 1980 como resultado de un “giro desde las calles a la academia”. Para las críticas, más que la cooptación de una identidad original pura y auténtica, lo que hay es una nueva ideología política emergente, un espacio ideológico discursivo en sí mismo. Eso se le escaparía a Fraser, ese tipo irreductible de feminismo neoliberal.

(2) En segundo lugar, sobre el problema de la *agencia* en los movimientos sociales, en el debate feminista se ha puesto el énfasis en la necesidad de caracterizar el proceso de subjetivación y de asunción consciente de responsabilidad. El objetivo, para estas autoras, es evitar que los actores sean vistos como meros objetos pasivos, algo que, en su opinión, se da en Fraser (Ferguson, 2017: 225). En esa línea, autoras como Elisabeth Prügl (2015) o Pauline Johnson (2018), partiendo de la idea de gubernamentalidad de Foucault, plantean la necesidad de tratar el neoliberalismo como una formación cultural y la forma específica en que “alcanza al alma del ciudadano” y crea subjetividades responsables. Dos momentos pueden ser separados en este enfoque. Por un lado, (a) el primero de ellos es descrito como el *predominio de la razón instrumental* en la naturaleza interna del sujeto, como un “giro hacia el interior”, en la expresión de Catherine Rottenberg (2014: 422). Esta subjetividad neoliberal procede a través de una métrica de coste-beneficio y “el cálculo, la iniciativa personal y la innovación incesantes”. Felicidad y placer calculados –a través de la industria del pensamiento positivo, el coaching, la autoayuda, el hágalo

usted mismo y las subculturas carnalescas alternativas— juegan un papel importante aquí “como una matriz de normalización” (Rottenberg, 2014: 429; Ferguson, 2017: 230–231). El desplazamiento desde la redistribución hacia la identidad y la *critique artiste* en la política radical reflejaría ese giro “hacia el interior”. En un segundo momento, (b) la racionalidad del cálculo instrumental se articula en una *individualidad empresarial* (Prügl, 2015: 620). Los dos momentos de la (a) razón instrumental y (b) empresarial, entre la responsabilidad propia y la identidad económica, están conectados a través de un supuesto: no hay orientación más allá del yo y el otro se convierte en mero medio.

(3) En tercer lugar, sobre el problema de la *bivalencia* normativa, autoras como Prügl (2015) reivindican los resultados positivos de la participación de activistas en el poder corporativo y estatal, como, por ejemplo, un mayor empoderamiento de las mujeres. Para ella, “la avalancha de críticas por la forma en que el feminismo se ha metido en la cama con el capitalismo” implica una neoliberalización del feminismo más que una cooptación, pero, aún así, ha significado pasos adelante. Funk (2013), en la misma línea, ha señalado que la “*liaison*” con el poder no es mucho más peligrosa hoy en día de lo que fue en el pasado, ya que la interacción entre los movimientos sociales y el capitalismo tiene una larga historia. Como teórica crítica, Fraser ilustra una postura “anti-fundacional” (Johnson, 2018), que ha referido en repetidas ocasiones a la definición de filosofía crítica dado por Marx en 1843 como “la auto-clarificación de los anhelos y las luchas de la época” (Fraser y Jaeggi, 2018: 168). Por lo tanto, asume que el estándar de justificación está incorporado inmanentemente en las luchas sociales y los valores y creencias de los actores. Entonces, el problema no es solo si la reserva inmanente para la crítica se agota cuando los movimientos emancipadores se normalizan, sino si las variedades normalizadas de políticas emancipadoras contienen un momento ilustrado de crítica, algo que para Funk y Prügl, entre otras, Fraser deja de lado en su análisis.

Así, y, en síntesis, para identificar la intersección entre capitalismo y movimientos contrahegemónicos, puede ser útil retener algunas lecciones del debate feminista: la necesidad de reconocer la singularidad del actor, el momento de la subjetivación y la bivalencia contradictoria de la crítica social cuando esta es normalizada. Fraser, de acuerdo con sus lectoras críticas, no lo hace. Obviamente, y

más allá de las diferencias dentro del debate feminista, Fraser y sus críticas comparten la preocupación por los efectos opresivos de la neoliberalización de la política radical: las injusticias estructurales son individualizadas; la acción colectiva y las respuestas políticas, privatizadas; el conflicto, evitado; el consumismo y el éxito financiero, indultados; las contradicciones constitutivas de la democracia liberal, ocultadas. Aún así, la perspectiva de Fraser subraya el carácter ambivalente de esos sujetos emancipadores de acuerdo a su propia evolución en un marco cambiante de restricciones históricas y estructurales. Al discutir el “doble movimiento” según Polanyi, Fraser (2013b) se pregunta si desde la crisis financiera de 2008 hay evidencia de algún movimiento que pudiera reunir nuevamente los tres frentes de distribución, reconocimiento y representación; y, por tanto, perspectivas no solo para la protección contra la mercantilización neoliberal sino también para la emancipación. En los límites entre las esferas financiera, social y ambiental, surgen, para ella, conflictos en defensa de las condiciones de fondo de la sociedad. Y ahí brotan los movimientos de oposición popular. No obstante, no ve a priori ninguna razón para dar por hecho que sujetos como el feminista sean necesariamente transformadores; es más, a menudo es lo contrario. Es ahí donde la visión de Fraser choca con la de otras feministas.

#### 4. Una visión múltiple y topográfica de las crisis

En su reciente diálogo con Rahel Jaeggi, Nancy Fraser sistematiza y detalla su reciente teoría sobre el capitalismo. En primer lugar, hay que hacer referencia al estatus ontológico del capitalismo de acuerdo con su concepción. Para Fraser, el capitalismo es “un orden social institucionalizado”. La característica definitoria del mismo es, pues, la institucionalización del orden social en varias esferas – producción, reproducción, política, naturaleza no humana–, y la tendencia a que la primera de ellas, la economía, tienda a someter a los tres restantes. Dado que estas otras tres esferas son sus condiciones de posibilidad “de fondo”, el sometimiento por parte de la economía de mercado sobre aquello que la hace posible tiende a producir, de forma sistemática y como característica no menos definitoria del capitalismo, la tendencia a crisis. Ahora bien, se trata de “tendencias a crisis múltiples”, dado que resultan de fricciones entre varias esferas, y no sólo una –como sostendría la tesis

marxista ortodoxa de la contradicción entre las relaciones sociales de producción y las fuerzas productivas. Esto obliga a la teórica crítica a desarrollar una visión compleja y “extendida”.

Fraser identifica tres giros epistémicos por los cuales el capitalismo va “remapeando” las fronteras institucionales entre esferas. En cada giro, la esfera mercantil se extiende, y así alimenta tendencias a tres tipos de crisis distintos. En todos los casos, este análisis pretende hacer visible el carácter extractivo del capitalismo y la necesidad de poner el foco no sólo en la explotación sino especialmente en la expropiación. A cada giro le corresponde, pues, una forma específica de expropiación: (a) sobre la reproducción social –el proceso de subjetivación y producción del *habitus* y el lazo social–; (b) sobre la política –absorción del poder público por parte de poderes privados–; (c) y sobre el medio natural –“los capitalistas expropian [la naturaleza] sin compensación o reposición y la tratan en su contabilidad como si no tuviera coste” (Fraser y Jaeggi, 2018: 35). Todos son parte del mismo proceso: “expropiación es acumulación por otros medios”. Esa confiscación de valores no mercantiles por parte del capitalismo a través de la mercantilización se ha intensificado hasta tal punto que pone en riesgo la propia reproducción del capitalismo.

Fraser entiende este proceso no sólo en términos funcionales sino también en términos normativos:

“Cada una de esas arenas de fondo alberga gramáticas normativas y ontológicas distintivas. Por ejemplo, las prácticas sociales orientadas a la reproducción (opuestas a la producción) tienden a generar ideales de cuidado, responsabilidad mutua y solidaridad, por muy jerárquicas y provincianas que puedan típicamente ser. Igualmente, las prácticas asociadas con las condiciones de fondo en la naturaleza no humana tienden a promover valores tales como sostenibilidad, custodia, no dominación de la naturaleza y justicia entre generaciones, por románticas y sectarias que a menudo puedan ser. Finalmente, las prácticas orientadas a la política como opuesta a la economía a menudo se refieren a principios de democracia, igual ciudadanía e interés público, por restringidas y excluyentes que a menudo puedan ser” (Fraser y Jaeggi, 2018: 50).

Es decir, cada esfera implica una práctica social específica en la que germina un horizonte normativo singular, que, en la sociedad capitalista, tiende a fomentar,

aunque no lo haga necesariamente, ciertos valores. Es decir, la normatividad del capitalismo es múltiple.

(1) Una primera consecuencia de este enfoque es que las contradicciones, y por tanto los tipos de crisis, son también múltiples. Fraser se refiere a tres tipos (Fraser y Jaeggi, 2018: 145). De un lado, las (a) *contradicciones sistémicas “intra-dominio”*, generadas estructuralmente por el sistema económico capitalista, que, en este sentido, es inteligible en tanto que máquina. Por otro, hay (b) *contradicciones “inter-dominio”* –tanto a nivel de sistema como del mundo de la vida o social–: tensiones entre las diferentes esferas y a la vez entre las ideas normativas propias de cada esfera. Se trata, pues, de *contradicciones normativas*, entre las ideas de crecimiento, ‘justicia’ de mercado, o ‘elección’ individual –propias de la economía–; las de solidaridad, cuidado o seguridad social –propias de la reproducción–; las de democracia, ciudadanía o interés público –propias de la política–; y las de sostenibilidad, custodia o justicia entre generaciones –propias de la esfera de la naturaleza no humana–. Finalmente, hay (c) *contradicciones “históricas”*, cuando expectativas normativas desarrolladas en un momento anterior entran en conflicto con la realidad presente.

Esto tipología no implica, en absoluto, abandonar o minimizar el tratamiento del capitalismo como un sistema, menos aún el papel preponderante de la esfera económica desde el punto de vista histórico y analítico (Fraser y Jaeggi, 2018: 73 y ss). Es más, Fraser despliega ahora con mayor detalle lo que había esbozado en sus trabajos anteriores, es decir, la secuencia histórica de regímenes de acumulación. El proceso que lleva de un tipo a otro exige, analíticamente, contemplar las formas específicas de regímenes de producción-cum-reproducción, de regímenes socioecológicos de acumulación y de regímenes de producción racializada. A saber, cabe diferenciar las condiciones de fondo específicas a cada momento, la forma en que el proceso extractivo de las mismas tiene lugar, y, no menos, las crisis específicas, en plural, que han inducido el paso de una forma de capitalismo a otra. En la actualidad, esas crisis pueden sintetizarse en la fórmula “déficit del cuidado, cambio climático, des-democratización”.

En el fondo, este enfoque no deja de ser una reivindicación de la economía política en la teoría crítica del capitalismo, pero en una visión compleja. Fraser

intenta problematizar el “qué” de la economía, qué cuenta como riqueza y cómo es producida, y no sólo la dimensión distributiva de la riqueza, el “cómo”, dónde se ha centrado el enfoque del liberalismo filosófico asumiendo la economía como una “caja negra” autonomizada e inaccesible a la crítica, según nuestra autora. En la medida en que esta auto-restricción es también compartida por la teoría crítica, y en particular a través de la adopción de la teoría de sistemas por Habermas, Fraser es explícitamente crítica con la “así ‘llamada’ teoría crítica [que] ha devenido el ala izquierda del liberalismo” (Fraser y Jaeggi, 2018: 6), y que, en convergencia con el post-estructuralismo, ha abandonado la economía política.

(2) No obstante –y esta sería una segunda consecuencia de su enfoque–, la teoría crítica del capitalismo debe contemplar la dimensión de la agencia, de la acción social, encarnada en los valores propios a cada dominio: “estos recursos normativos están incrustados en la textura misma de la vida social en la sociedad capitalista”, son inmanentes a la misma, pero tienen la capacidad de ir más allá de ella (Fraser y Jaeggi, 2018: 179). Así, en todas esas esferas la re-demarcación de la frontera institucional “incita contra-esfuerzos” inspirados en “las perspectivas normativas asociadas con las distintas zonas”. No obstante, la subjetividad de los actores enarbolando esas normatividades se conforma de forma dialéctica en la interacción entre las esferas, que en su conjunto forman una totalidad social. Por ejemplo, “sería un error construir la sociedad, la política y la naturaleza de forma romántica, como un ‘afuera’ del capitalismo”, como frecuentemente hacen los activistas anticapitalistas, ya que cada ámbito se codefine en relación con los restantes. Es más, una crisis no es tal sino confluyen el nivel institucional-estructural y el nivel de la acción social y la agencia intersubjetiva: no hay crisis en sentido pleno excepto que sea experimentada como tal.

Con esta perspectiva *topográfica, dinámica e institucional*, Fraser va, pues, más allá de la concepción del capitalismo como una “forma de vida” –que es la concepción de Jaeggi– o como un “sistema” o “modo de producción” –la visión ortodoxa marxista y estructuralista. Integra esas dos dimensiones: la subjetiva, cultural, del mundo vivido; y la objetiva, la lógica sistémica. Además, finalmente, permite captar lo que es específico del capitalismo y no de otros tipos de órdenes sociales, o bien de la modernidad u otras categorías epocales. Lo que es específico, es, en último término,

la tendencia a parasitar las condiciones de fondo de la reproducción del orden social a través de la mercantilización de las mismas.

Llegados a este punto, ¿cuál es el problema con el capitalismo, para Fraser? ¿En base a qué es impugnado por parte de la teoría crítica? Jaeggi señala que, en realidad, Fraser está asumiendo tres tipos de crítica: una *funcionalista*, por la cual el capitalismo es disfuncional y tendente a crisis, y por tanto desestabilizador; una *moral*, relativa al ámbito de la justicia, por la cual se reprueba la explotación y la expropiación; y una *ética*, con la cual se denuncia la alienación (Fraser y Jaeggi, 2018: 116 y ss.). Fraser acepta la distinción, aunque se desmarca de cualquier asunción antropológica esencialista sobre la naturaleza humana que pueda subyacer al concepto de alienación. Sin explicitarlo, se remite al valor de “paridad de participación” en el que había sostenido su teoría de la justicia en las décadas anteriores, y a una visión “negativa” de la justicia, por la cual se define por oposición a la experiencia de injusticia, mal o daño, más que por referencia a un ideal (Fraser, 1997; Fraser, 2011, Fraser y Honneth, 2003). Ahora, para ella, las injusticias, los “males” del capitalismo, son de tres tipos (Fraser y Jaeggi, 2018: 137): (a) dinámicas de desestabilización que producen crisis –dimensión sistémica–, (b) relaciones injustas de dominación –dimensión moral–; (c) obstáculos ético-estructurales a la libertad y distorsión de nuestra historicidad –dimensión ética–. El capitalismo, en definitiva, niega la capacidad fundamental de participar en decisiones sobre qué somos o queremos ser: hay que pensarlo en su historicidad, en cómo distorsiona la relación con el pasado, el presente y el futuro; y en cómo bloquea el potencial de participación, democracia, y autonomía que las normatividades de las distintas esferas abonan.

Ahora bien, es desde este horizonte normativo desde el que la teoría crítica debe aportar criterios para distinguir las reacciones morales aceptables de las inaceptables, pero, por otro, sólo puede hacerlo desde los mundos sociales en los que viven los sujetos al capitalismo, en sus interpretaciones y cargas morales, en tanto que “agentes situados” como participantes potenciales en las luchas sociales. El reto, es, pues, esclarecer cuáles son más o menos justificables normativamente.

Fraser recurre a una serie de distinciones para hacer frente a este reto. Por un lado, distingue entre reacciones *defensivas* –que aspiran al rechazo de la incursión de una esfera– y *ofensivas* –que extienden la frontera de una esfera sobre otra–. Por otro

lado, distingue entre respuestas *afirmativas* –para confirmar la forma de una esfera– o *transformadoras* –para cuestionar la forma e incluso la propia existencia de una esfera–. En todos los casos, se trata de disputas sobre la porosidad o impenetrabilidad de las esferas, su carácter “*soft*” o “*hard*”. Finalmente, cabe tener en cuenta las “*meta*”-luchas, disputas sobre los procesos en los que se establecen las esferas y sus límites. En conjunto, para Fraser, las reacciones no deben ser evaluadas por su nivel de radicalismo. Entre los polos extremos del “liquidacionismo” –eliminar las esferas– y el “prohibicionismo” –hacerlas impenetrables–, y cómo también ha hecho en ocasiones anteriores, tiende a inclinarse por la propuesta de André Gorz de “reformas no reformistas”, políticas aparentemente moderadas que encierran el potencial de transformación de fondo (Fraser y Jaeggi, 2018: 174).

En el espectro posible de las distintas formas de luchas –más o menos defensivas u ofensivas, afirmativas o transformadoras, meta-luchas o luchas sectoriales, liquidacionistas o prohibicionistas– cabe, en todo caso, aplicar los criterios normativos, definidos por oposición a los males concretos en la situación histórica presente. Esta es la forma en que, de acuerdo a su apuesta por el “triple movimiento”, cabe evaluar las luchas presentes en el marco de la evolución histórica del capitalismo (Fraser y Jaeggi, 2018: 192). El capitalismo regulado logró conjuntar mercantilización y protección social, a costa de la emancipación; el capitalismo financiarizado conjuga mercantilización y emancipación, a costa de la protección social. El escenario alternativo, contrahegemónico, por lo tanto, debe aspirar –para Fraser– a conjugar emancipación y protección social, a costa de la mercantilización, asegurando las condiciones de fondo “reproducción social, poder público, naturalezas sostenibles y un planeta habitable”. Estos son los fines; los medios, definidos por la vía negativa e inmanente, vienen dados por los principios de no dominación, democracia y sostenibilidad funcional. Fraser refuerza, en su análisis más reciente (Fraser y Jaeggi, 2018: 195), la expectativa de que la crisis actual del capitalismo es “epocal”, que es tal su fragilidad que el neoliberalismo está muerto como bloque hegemónico. Aunque las políticas neoliberales persisten, el neoliberalismo ya no tiene capacidad de persuadir por mucho que siga dominando, ni la versión progresista –de la que han sido cómplices los movimientos emancipadores–, ni la hiper-reaccionaria que pueda representar Donald Trump,

están en condiciones de suturar la crisis de hegemonía neoliberal. En consecuencia, Fraser apuesta por construir un bloque contrahegemónico a partir de los populismos progresistas que puedan representar Bernie Sanders, Jeremy Corbyn, Jean-Luc Mélenchon, Podemos, Syriza, etc.

## 5. Las luchas por el medio ambiente y el pos-crecimiento

En esta propuesta, la contradicción entre el mercado y el medio “natural” encuentra un desarrollo extenso. Al respecto, Fraser contempla un lugar específico en su enfoque para (a) *las condiciones “naturales” de la economía*; y por tanto para el medio “natural” como (b) *un ámbito de mercantilización*, con (c) *una dimensión ecológica de cada fase del capitalismo*, y (d) *un tipo de crisis* (e) *una forma de dominación*, y (f) *un tipo de lucha* específicos.

(a) La *condición de fondo* es “la ecología de la Tierra”: “la condición ecológica tiene que ver con la naturaleza, que proporciona los recursos materiales y energéticos indispensables para la producción de mercancías, el sumidero necesario para absorber los deshechos de la producción, y las bases sustentadoras de la vida humana y no humana” (Fraser, 2015: 160).

(b) El *ámbito de la mercantilización* implica la captura y cercamiento de bienes comunes. Así, de una forma específica en cada fase, el capitalismo tiende a apropiarse de la “naturaleza barata” y sujetar a la ley del valor mercantil zonas cada vez más extensas, redibujando la frontera institucional. Eso permite grandes plusvalías a bajo o nulo coste –“los beneficios caídos del cielo”– pero sólo en un primer momento, ya que inmediatamente la naturaleza no humana deja de ser barata, como efecto de la creciente escasez y de las resistencias que genera la expansión de la frontera mercantil, y la tasa de beneficio cae. Así se ha dado en las distintas fases.

(c) El *régimen “energético y ecológico”* o “régimen socioecológico de acumulación”, desde el régimen “somático” (noción que toma de J. R. McNeill) del capitalismo mercantil “carbónico”, al régimen “fósil” regulado por el Estado, y finalmente al “hiperextractivista” financiarizado.

(d) Fraser da por hecho también que la mercantilización creciente de la naturaleza está produciendo una *crisis* que desestabiliza la sociedad y la economía, con consecuencias dramáticas en el comercio en biotecnología o en derechos de emisión de carbono. Esta sería la dimensión sistémica de la crisis ecológica, que incluso amenaza la vida en la Tierra tal y como la conocemos.

(e) Así, *la forma específica de dominación* es la expropiación de los medios materiales de vida. En la fase actual, estamos frente a “una nueva ronda de apropiaciones corporativas de tierra, dirigidas a acorrallar las provisiones de energía, agua, tierra agrícola y ‘compensaciones de emisiones de CO2’” (2016a: 112).

(f) *Las lucha en relación a las condiciones naturales de la economía*, tienen lugar, como las demás, en la disputa por la frontera, en este caso entre mercado y medio “natural”. Ahora bien, para Fraser, el movimiento verde ha participado, como el resto de movimientos sociales progresistas, de la alianza con las fuerzas neoliberales. Como los demás, el ambientalismo ha aportado “carisma” al nuevo espíritu del capitalismo, presa de una interpretación meritocrática e individualista de los valores emancipadores, y “proteger el medio ambiente ha significado mercado de emisiones de carbono”.

Un movimiento verde contrahegemónico, para Fraser, debería en primer lugar impugnar el proceso de expropiación en curso. En la actualidad estamos frente a una nueva ronda de cercamientos con la mercantilización de esas condiciones de fondo y la redefinición de la frontera entre lo natural y lo no natural –mercantilización-cum-anexión del agua, la atmósfera, etc.–. Para ello, estructuralmente, el capitalismo asume tres tipos de divisiones: entre el reino económico del valor y un reino natural disponible para ser apropiado; entre una humanidad con historicidad y una naturaleza ahistórica; entre un mundo social “natural” previo, adaptado a los ciclos naturales, y uno emancipado de los mismos (Fraser y Jaeggi, 2018: 35-36). Así, sitúa en el primer plano la relación extractiva que el capitalismo establece con la naturaleza, a la “que trata a la vez como un ‘grifo’ de energía y materias primas y como un ‘sumidero’ para absorber los deshechos” (Fraser y Jaeggi, 2018: 3), pero al mismo tiempo considera que la visión ahistórica del medio natural es una distorsión inducida por el capitalismo. La forma de representación de la naturaleza sería, pues, resultado de un proceso de construcción social, que además varía con el tiempo en

forma de distintas “naturalezas históricas del capitalismo” que son funcionales a cada “régimen socioecológico de acumulación”.

A pesar de haber pensado esta forma de dominación como una forma más de expropiación material, Fraser pone el énfasis en la representación simbólica, en los “imaginarios neoliberales de la naturaleza” que hoy nos dominan, con los mercados de emisiones de carbono como figura paradigmática. En línea con la antropología marxiana y de los desarrollos eco-marxistas en qué se inspira (y en particular los de John Bellamy Foster, James O'Connor y Jason W. Moore), para Fraser, “los medioambientes en que habitamos son también trabajo materializado –tienen una historia–” (Fraser y Jaeggi, 2018: 91). Por lo tanto, cabe “desnaturalizar la naturaleza”, ya que el dualismo metafísico entre naturaleza y humanidad es un “artefacto del capitalismo”. El movimiento verde en gran medida ha caído, para Fraser, en esta trampa del imaginario capitalista. Un caso típico sería el de la ecología profunda, con su visión esencialista de la naturaleza y su política “prohibicionista”, opuesta a todo tipo de compraventa de recursos naturales, es decir, opuesta a cualquier forma de porosidad de la esfera de la naturaleza no humana frente a la esfera económica. Pero, hoy día, el rasgo dominante es el de una división en el movimiento verde: “las gramáticas de las luchas ambientales están también cambiando [...] la vieja corriente de la protección de la naturaleza salvaje se ha dividido, con una parte gravitando hacia el ‘capitalismo verde’ y la otra hacia la ‘justicia ambiental’” (Fraser y Jaeggi, 2018: 100). Fraser aplica, en este caso, el esquema general proyectado sobre el conjunto de las luchas de frontera por parte de los movimientos sociales, separadas en dos tipos de respuestas: las que abanderan las clases pobres y trabajadoras, y las respuestas de extracción managerial-profesional, dónde situaría al ambientalismo *mainstream*.

No obstante, y en la línea de su renuncia a aceptar el nivel de radicalismo como termómetro de validez de las resistencias sociales, se muestra contraria el concepto de decrecimiento o contracción del metabolismo industrial. Inspirada por el *Research Group on Post-Growth Societies* de la Universidad de Jena, impulsado por Hartmut Rosa, se inclina por la idea de “pos-crecimiento” como bandera del ecologismo contrahegemónico: “pos-crecimiento no significa que la sociedad no deba crecer, menos aún que deba contraerse. La idea es más bien que la sociedad no debería

construirse sobre un imperativo de crecimiento pre-programado, que opera con una necesidad ciega como una ‘fuerza de la naturaleza’ irresistible” (Fraser y Jaeggi, 2018: 184). Hay que rechazar la interpretación capitalista del crecimiento, como crecimiento del capital y no del bienestar –señala–, pero no necesariamente aceptar que haya que producir menos: “La cuestión real no es *cuánto* se produce, sino *qué* se produce, y cómo y en beneficio de quién” (Fraser y Jaeggi, 2018: 185). Categorías como “sociedad industrial” o “crecimiento” no captan adecuadamente lo que es importante, dice Fraser, que, pone cómo requisito de cualquier actividad que su base energética sea ecológicamente sostenible, aunque al mismo tiempo se muestra favorable a la producción industrial de aviones, pero no de comida. Esta perspectiva es consecuente con su análisis del triple movimiento, en la medida en que la agenda de los “populismos progresistas” con potencial contrahegemónico que ha identificado ponen el énfasis en la protección social y no en la crítica de la sociedad industrial.

No obstante, la forma en la que Fraser trata las luchas ambientales es problemática. Y aquí cabe recuperar los temas que las críticas feministas habían problematizado del enfoque de Fraser: *diversidad, agencia y bivalencia normativa*. Al menos pueden plantearse dudas respecto de (1) la identidad del ecologismo en el conjunto de nuevos movimientos sociales, (2) sus variedades, (3) y su normatividad, en particular el desplazamiento de distribución a reconocimiento.

(1) En primer lugar, sorprende la forma en que Fraser asocia el ecologismo a la *New Left*. De hecho, ha habido siempre una relación muy tensa entre el ecologismo y la izquierda. Un ejemplo perfecto lo proporciona la trayectoria de James O’Connor, en cuya idea de “condiciones de producción capitalista” se inspira Fraser. Aunque O’Connor (1998) planteó de forma pionera la idea de que existe una “segunda contradicción del capital”, la “natural”, en el fondo consideró que más que segunda era secundaria respecto a la explotación del trabajo. Fraser intenta evitar este unilateralismo poniendo al mismo nivel ambas contradicciones, y añadiendo algunas más. Sin embargo, no sortea del todo el supuesto que subyace a la concepción clásica que comparte O’Connor: la prioridad de la producción y distribución del producto económico por encima de la reproducción de su sustrato ecológico. La necesidad del crecimiento ha sido siempre una traba en el diálogo entre verdes y rojos, como se

puede comprobar en los debates en la revista señera que impulsó O'Connor, *Capitalism Nature Socialism*. No es casualidad que cuando Fraser identifica a los movimientos de emancipación herederos del 68, centrados en la distribución, no suele incluir a los verdes. Para los ecologistas, en primer lugar, el objetivo es la contracción de la economía formal, puesto que considera que ya ha extralimitado la capacidad de carga del planeta, es decir, la ecología de la Tierra. Aunque esto no significa que el ecologismo haya estado en contra de la distribución, más bien al contrario, lo sitúa lejos de las políticas expansivas keynesianas que han sostenido las políticas sociales inclusivas. Por ello, considerar al movimiento ecologista bajo el paraguas de la *New Left*, o como "68er", es arriesgado.

La discrepancia alrededor del crecimiento resulta ser una dificultad añadida cuando intentamos identificar sujetos potenciales de un nuevo sentido común anticapitalista. Pensemos en los brotes que Fraser identificaba. Los gobiernos populistas de izquierdas en América Latina han construido su proyecto social sobre la base del extractivismo y la exportación de recursos agrícolas, minerales y energéticos. Por otro lado, las nuevas izquierdas "populistas" de Sanders, Corbyn, Syriza o Podemos tienen un programa económico típicamente nekeynesiano, de expansión económica anticíclica.

(2) Fraser tiende a asumir en su visión del ecologismo una división en dos polos, uno más moderado, presa del capitalismo, y otro más radical, pero "naturalista", y a buscar una opción intermedia en términos de un reformismo transformador en última instancia anticapitalista que asuma el carácter construido de la naturaleza. Consciente o inconscientemente, Fraser participa de un esquema clásico dicotómico, con una larga historia que fijó de forma exitosa Andrew Dobson (1991: 2-3) como *ambientalismo*, "un enfoque administrativo de los problemas ambientales", frente a *ecologismo*. Fraser se inclina por la versión también bipolar de esta tipología según Joan Martínez Alier (2002), entre ecoeficiencia –rama *managerial*– y ecologismo de los pobres –rama anti-extractivista–.

Por lo que hace a ese *ambientalismo managerial*, –o, como lo ha calificado Peter Dauvergne (2016), ese "ambientalismo de los ricos", posee las características que la crítica feminista le ha atribuido al feminismo neoliberal. En particular, la fragmentación de las causas detrás de los problemas ambientales ha situado el lugar

de la responsabilidad ambiental en “muchas pequeñas acciones cotidianas: nos duchamos, conducimos en automóvil, comemos un bistec, o dejamos las luces encendidas” (Roser y Seidel, 2017: 10). El ciudadano consciente del medio ambiente a menudo se define por un estilo de vida “amigable”, lento y simple, en lo que puede considerarse no solo como un tipo de política de identidad, sino también como una forma de *critique artiste*. La matriz de normalización que las feministas como Rottenberg o Ferguson identificaban en el giro “hacia el interior” del feminismo, el proceso de subjetivación en una individualidad calculadora también existe en el movimiento verde. Arun Agrawal (2005), y más tarde Tim Luke (2012), lo han categorizado con el término, inspirado en la “gubernamentalidad” de Foucault, de “*environmentality*”. Cuestión aparte, y controvertida, es si esta “ambientalidad” calculística es también empresarial. Probablemente Fraser, tan reacia a las categorías de Foucault (Fraser y Jaeggi, 2018: 150), no se sentiría a gusto con este enfoque. No obstante, tampoco ofrece una alternativa para pensar el proceso de subjetivación por lo que hace al régimen socioecológico hiperextractivista actual como ella misma lo presenta. Probablemente, el carácter neoliberal del ecologismo no se dirime en si la matriz de normalización implica el momento de cálculo, sino en si la métrica en marcha asume el carácter finito de la ecología de la Tierra.

Dónde Fraser discrepa en mayor medida con el ecologismo es en la asociación de la versión transformadora del movimiento con la creencia en valores naturales “intrínsecos”, ya que, como hemos visto, adopta una perspectiva práctico-constructivista de inspiración marxiana según la cual, al final, la *physis* es *praxis*. Lo que sitúa en el espacio emancipador al ecologismo de los pobres no es, para Fraser ni para Martínez Alier, una concepción de la naturaleza, sino su defensa de las condiciones de fondo “naturales” de su medio de vida frente a la penetración del mercado.

El problema es que esta no es la visión dominante en el populismo progresista, ni en la versión de la “marea rosa” latinoamericana, que es básicamente extractivista, ni en la versión primermundista, confiada en un *Green New Deal* que pueda impulsar un nuevo ciclo de crecimiento que financie la protección social a través de la sustitución tecnológica en energías limpias, tecnologías que precisan de una extracción de recursos minerales y energéticos que no se suele discutir, y que además

no tienen capacidad para suplir el consumo actual (Moriarty y Damon, 2016). Hay razones para pensar que la explosión de movimientos climáticos de los últimos años, como los que puedan representar *Fridays for Future*, *Extinction Rebellion*, Greta Thunberg o Alexandria Ocasio-Cortez, y mucho más aún el *Climate Project* de Al Gore, no siempre es consciente de ello. A menudo apuestan por una transición tecnológica, que en el fondo es extractivista, hacia sociedades parecidas a las que conocemos, incluidos los vuelos en avión, pero bajas en carbono. Si la expropiación es en última instancia el problema del capitalismo, el ecologismo de los pobres está bastante lejos del populismo progresista. Una visión estricta de la expropiación de la ecología de la Tierra obligaría a tomarse más en serio el *cuanto* de la producción, con independencia de si se enarbola la bandera del decrecimiento o del poscrecimiento. En caso contrario, el ambientalismo neoliberal se da la mano con el populismo progresista. Fraser pone tanto el énfasis en la dimensión financiera del régimen ecológico actual, encabezado por el mercado de emisiones, que pierde de vista el carácter necesariamente extractivista de una economía de base industrial en crecimiento, esté financierizada o no.

(3) Sobre la cuestión de la normatividad: ¿ha experimentado el ecologismo un desplazamiento semejante al del feminismo, desde la redistribución al reconocimiento? En realidad, las luchas ecologistas, desde su inicio, se expresaron en distintos ejes de injusticia, combinando redistribución, reconocimiento y representación –democracia radical, justicia social y sostenibilidad–, cómo muestra la sociología de los movimientos verdes (Doherty, 2002). Incluso se movieron en otros ejes, como el de la “reconciliación” (Dobson, 2014a). Un ejemplo perfecto lo proporciona el movimiento de justicia ambiental en los EE.UU. que conjuga la disputa por la distribución de males ambientales con la demanda de representación electoral y de reconocimiento de grupos estigmatizados, frente al establishment blanco, poderes públicos, incluso frente al ecologismo *nimby* de clase media blanca. Fraser, curiosamente, toma como ejemplo del ecologismo histórico al movimiento conservacionista de la ecología profunda, en lugar de este otro movimiento ecológico-político de la justicia ambiental, *critique social*, hacia el que sí considera que tiende cierto ecologismo contrahegemónico en la actualidad.

Aparte de esta (mala)representación de la historia del movimiento verde, Fraser es parcial también en su representación actual. La redistribución es un objetivo transversal movilizador hoy como lo fue en el pasado, incluidas las coaliciones de justicia climática (Skillington, 2017). El eje de la distribución ha ganado peso en los últimos años en los discursos ambientales de una forma que problematiza el crecimiento en mayor medida de lo que ella reconoce. Distintos métodos estadísticos, alternativos a los índices tradicionales macroeconómicos, de entre los que destaca el de la *huella ecológica*, son hoy día herramientas omnipresentes en el discurso verde para denunciar la distribución de bienes y males ambientales. Pero lo hacen desde el presupuesto de que el metabolismo ecológico global es un juego de suma cero, en que se reparten el acceso a bienes ambientales. De esta forma, los diferenciales en la apropiación y uso de bienes ambientales, dado que el flujo está limitado por un stock más o menos fijo –la bioproductividad global–, expresan relaciones causales, diacrónica y sincrónicamente, inter e intranacionalmente, de distribución sumamente desigual entre regiones y entre generaciones, como muestra el *Living Planet Report* (WWF, ZSL y GFN, 2016). La distribución intrageneracional es también asimétrica: Las huellas nacionales tienen una relación directa con el nivel de industrialización y opulencia de las sociedades, y la mitad de las mismas tiene que ver con el consumo de recursos fósiles, como el petróleo que mueve la industria aeronáutica. La evidencia indica, además, que sin contracción del consumo no se reducen las emisiones de CO<sub>2</sub> a pesar de la extensión de las tecnologías alternativas (Tollefson, 2018). Es decir, el patrón de desarrollo de los países industrializados no es universalizable, más bien es resultado del saqueo del Norte Global sobre el Sur Global y sobre las generaciones futuras. Para aproximarse a un “umbral de dignidad” en la utilización de recursos, los sobreconsumidores deberían reducir su huella por un factor 10. Este tipo de cálculos, además, y aunque corren el riesgo de convertirse en lo que Fraser (2009a: 75) califica de un “globalismo de talla única”, son desarrollados y mejorados en una comunidad epistémica contrahegemónica de ciencia consensual, en una red transnacional de organizaciones e investigadores. Se puede decir que es una herramienta de crítica antiimperialista y a la vez ecológica, que pone el foco en la “expropiación” pero de tal manera que exige contracción, puesto que la capacidad de carga ya se ha sobrepasado. En el debate sobre el

decrecimiento, Fraser se inclina por el término pos-crecimiento, de mejor acogida en el momento actual (Dobson, 2014b), pero no tiene en cuenta que, desde esta perspectiva, también, *la cuestión real sí es cuánto se produce, porque se produce demasiado*, con independencia del imaginario que informe nuestra visión de la naturaleza. ¿Es la capacidad de carga, se represente como se represente discursivamente, una creación humana? ¿Es la resiliencia del sistema climático producto de la praxis? El constructivismo de Fraser le hace perder de vista no sólo la autoridad de las ciencias naturales en esta cuestión sino el carácter anticapitalista del enfoque decrecentista.

## 6. Conclusión

La formulación propuesta por Nancy Fraser devuelve la centralidad de la economía política al análisis del capitalismo. Se remite, así, a un ámbito disciplinar relegado a los márgenes de la teoría crítica más reciente. Al mismo tiempo, acomete la tarea de desarrollar una visión compleja, extendida, en una trama topográfica de categorías. El resultado enriquece, sin duda, la discusión al respecto y pone al día la tradición crítica. Sin duda, no menos, asume apuestas arriesgadas, que aquí no han sido discutidas, como desplegar un mapa institucional de esferas cargadas normativamente, que es algo que en su día reprochó al enfoque neohegeliano de Axel Honneth. No obstante, aquí hemos optado por problematizar un caso singular en el horizonte de su propuesta, el de las luchas ambientales.

El esfuerzo de Fraser es de agradecer en una figura de la actual teoría crítica, como es ella, ya que, con contadas excepciones, como la de Hartmut Rosa (2010), la ecología pareció quedarse olvidada en el cajón de la primera generación de la Escuela de Frankfurt (Biro, 2011). Además, acierta al sortear algunos de los grandes tópicos del ecologismo: una explicación estrictamente sistémica de la crisis ecológica, la fe en que la crisis ecológica hundirá el capitalismo, o una concepción reificada de la naturaleza. Más aún, logra problematizar tendencias visibles también en el ecologismo desde los años noventa: activistas identificados más con los expertos despolitizados de las ONG que con las bases, puertas giratorias entre las organizaciones y las empresas privadas, burocratización, integración en los aparatos de gobernanza, etc. Hoy día, no son pocos los partidos verdes que han apoyado la

financiarización de la política climática, mientras *Die Grünen* pacta políticas neoliberales y comparte gobiernos con conservadores. Al mismo tiempo, las organizaciones ambientalistas han sido presa también del síndrome de la gobernanza deliberativa, y censuran como contra-productivas o tóxicas las actitudes contestatarias (Curato, Niemeyer y Dryzek, 2013).

No obstante, partiendo del debate feminista suscitado por Fraser, hemos visto cómo su propuesta presenta algunas lagunas de cara a la comprensión de las luchas ambientales. Cabe hilar más fino a la hora de identificar los elementos que hacen de un sujeto social ecologista un antagonista contrahegemónico del capitalismo por comparación con los que se van a la cama del neoliberalismo, usando la expresión de Funk. Profundizar en los aspectos relativos el proceso de subjetivación, la singularidad discursiva y normativa del sujeto, y probablemente identificar mejor en qué sentido es la ecología de la Tierra una condición de fondo como no lo son las demás esferas, son tareas en las que la teoría crítica tiene camino por recorrer.

## Referencias bibliográficas

- Agrawal, Arun (2005), *Environmentality: Technologies of Government and the Making of Subjects*. Durham: Duke UP.
- Biro, Andrew (ed.) (2011), *Critical Ecologies: The Frankfurt School and Contemporary Environmental Crises*. Toronto: University of Toronto Press.
- Boltanski, Luc y Chiapello, Ève (1999), *Le nouvel esprit du capitalisme*. Paris: Gallimard.
- Curato, Nicole; Niemeyer, Simon y Dryzek, John S. (2013): "Appreciative and contestatory inquiry in deliberative forums: can group hugs be dangerous?", en *Critical Policy Studies*, 7: 1, pp.1-17.
- Dauvergne, Peter (2016), *Environmentalism of the Rich*. Cambridge (MA): The MIT Press.
- Dobson, Andrew (1991), *Green Political Thought*. New York: Routledge.
- Dobson, Andrew (2014a), *Listening for Democracy. Recognition, Representation, Reconciliation*. Oxford: Oxford U.P.
- Dobson, Andrew (2014b), *The Politics of Post-Growth*. Weymouth: Green House.  
<https://www.greenhousethinktank.org/reports.html> <consultado el 20 de diciembre de 2017>.
- Doherty, Brian (2002), *Ideas and Actions in the Green Movement*. London: Routledge.

- Ferguson, Michael L. (2017): "Neoliberal feminism as political ideology: revitalizing the study of feminist political ideologies", en *Journal of Political Ideologies* 22: 3, pp. 221-235.
- Fraser, Nancy (1997), *Justice Interruptus: Critical Reflections on the "Postsocialist" Condition*. Londres: Routledge.
- Fraser, Nancy y Honneth, Axel (2003), *Redistribution or Recognition? A Political-Philosophical Exchange*. Londres: Verso.
- Fraser, Nancy (2009a), *Scales of Justice. Reimagining Political Space in a Globalizing World*. New York: Columbia U.P.
- Fraser, Nancy (2009b): "Feminism, Capitalism and Cunning of History", en *New Left Review*, 56, pp. 97-117.
- Fraser, Nancy (2011), *Dilemas de la justicia en el siglo XXI. Género y globalización*, edición de María Antònia Carbonero y Joaquín Valdivielso, Palma: TECSED - Ediciones UIB.
- Fraser, Nancy (2013a): "How feminism became capitalism's handmaiden – and how to reclaim it", *The Guardian*, 14 de octubre. <https://www.theguardian.com/commentisfree/2013/oct/14/feminism-capitalist-handmaiden-neoliberal> <consultado 10 de septiembre de 2017>.
- Fraser, Nancy (2013b): "A Triple Movement? Parsing the Politics of Crisis after Polanyi", en *New Left Review*, 81, pp. 119-132.
- Fraser, Nancy (2013c): "Prologue to a Drama in Three Acts", en Fraser, Nancy, *Fortunes of Feminism. From State-Managed Capitalism to Neoliberal Crisis*. London: Verso, pp. 1-16.
- Fraser, Nancy (2013d): "Between Marketization and Social Protection: Resolving the Feminist Ambivalence", en Fraser, Nancy, *Fortunes of Feminism. From State-Managed Capitalism to Neoliberal Crisis*. London: Verso, pp. 227-241.
- Fraser, Nancy (2014a): "Behind Marx's Hidden Abode. For an Expanded Conception of Capitalism", en *New Left Review*, 86, pp. 55-72.
- Fraser, Nancy (2014b): "Can society be commodities all the way down? Post-Polanyian reflections on capitalist crisis", en *Economy and Society*, 43, pp. 541-558.
- Fraser, Nancy (2015): "Legitimation crisis? On the political contradictions of financialized capitalism", en *Critical Historical Studies*, 2: 2, pp. 157-189.
- Fraser, Nancy (2016a): "Contradictions of Capital and Care", en *New Left Review*, 100, pp. 99-117.
- Fraser, Nancy (2016b): "Expropriation and Exploitation in Racialized Capitalism: A Reply to Michael Dawson", en *Critical Historical Studies*, 3: 1, pp. 163-178.
- Fraser, Nancy (2017): "A New Form of Capitalism? A Reply to Boltanski and Esquerre", en *New Left Review*, 106, pp. 57-65.
- Fraser, Nancy y Jaeggi, Rahel (2018), *Capitalism. A Conversation in Critical Theory*, edición de Brian Milstein. Cambridge: Polity.

- Funk, Nanette (2013): "Contra Fraser on Feminism and Neoliberalism", *Hypatia*, 28: 1, pp. 179-196.
- Johnson, Pauline (2018): "Feminism as Critique in a Neoliberal Age: Debating Nancy Fraser", en *Critical Horizons*, 19: 1, pp. 1-17.
- Luke, Tim W. (2012): "Environmentality", en Dryzek, John S., Norgaard, Richard B. y Schlosberg, David (eds), *The Oxford Handbook of Climate Change and Society*, Oxford: OUP, pp. 85-95.
- Martínez Alier, Joan (2002), *The Environmentalism of the Poor. A Study of Ecological Conflicts and Valuation*. Cheltenham: Edward Elgar.
- Moriarty, Patrick y and Honnery Damon (2016): "Can renewable energy power the future?", en *Energy Policy*, 93, pp. 3-7.
- O'Connor, James (1998), *Natural Causes. Essays in Ecological Marxism*. New York: Guilford.
- Polanyi, Karl (2001), *The Great Transformation*. Boston: Beacon.
- Prügl, Elisabeth (2015): "Neoliberalising Feminism", en *New Political Economy*, 20: 4, pp. 614-631.
- Rosa, Hartmut (2010), *Alienation and Acceleration: Towards a Critical Theory of Late-Modern Temporality*. Malmö/Aarhus: NSU Press.
- Roser, Daniel y Seidel, Christian (2017), *Climate Justice. An Introduction*. Abingdon: Routledge.
- Rottenberg, Catherine (2014): "The Rise of Neoliberal Feminism", en *Cultural Studies*, 28: 3, pp. 418-437.
- Skillington, Tracey (2017), *Climate Justice and Human Rights*. New York: Palgrave Macmillan.
- Tollefson, Jeff (2018): "Can the world kick its fossil-fuel addiction fast enough? Clean energy is growing quickly. But time is running out to rein in carbon emissions", en *Nature*, 25 de abril. <https://www.nature.com/articles/d41586-018-04931-6> <consultado 20 de mayo de 2018>.
- WWF, ZSL y GLOBAL FOOTPRINT NETWORK (2016): *Living Planet Report 2016*, Gland, WWF. [http://wwf.panda.org/knowledge\\_hub/all\\_publications/lpr\\_2016/](http://wwf.panda.org/knowledge_hub/all_publications/lpr_2016/) <consultado 13 April 2017>.

